

Manolín en verso.

Ya han visto ustedes á Manolín disfrazado de duque y escribiendo en prosa.

Verán ustedes ahora á Manolín con su propio traje de Gutiérrez Nájera, escribiendo en verso.

Les he dicho á ustedes que de ambos modos es Manolín muy mal escritor, y voy á probarlo.

Para ello, habiendo ya saboreado ustedes á Manolín al natural, se le voy á servir á ustedes ahora con patatas.

Es decir, con ripios.

Entre los recortes recibidos de Minatillán, hay uno que dice: MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA. Esto, impreso en letras egipcias.

Después viene, puesta de pluma, la palabra *joven*.

Y luego otro renglón impreso en versalitas, que dice: Á SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

Este Salvador es otro mal poeta mejicano,

á quien también llegarán ustedes á conocer con el tiempo, si Dios quiere.

Y es á quien dedica su lucubración Manolito.

Y dice Gutiérrez á Díaz:

«Tienes en tu laúd cuerdas *de oro*.....»

Es un endecasílabo... Se lo advierto á ustedes para que no hagan sinalefa entre las dos últimas palabras, pues haciéndola, ya el endecasílabo no resulta.

Adelante.

«Tienes en tu laúd cuerdas *de-j-oro*  
Que el *soplo del espíritu* estremece.....»

Bueno: mecánica espiritual. Sigamos.

«Y tu genio *como alto sicomoro*.....»

¡Adiós!... ¡Ya se ha pasado á la botánica! Este Manolín es así. Tan pronto va como viene, sin hacer asiento en ninguna parte.

«Y tu genio *como alto sicomoro*  
Entre borrascas y huracanes crece.»

¡Compaginen ustedes estos dos versos con los dos anteriores de la misma estrofa!

Allí era el *soplo del espíritu* el que *estremece* las cuerdas de oro, ó *de joro*, del laúd de

Salvador; y aquí son los huracanes y las borrascas los que, sin entenderse ya para nada con el laúd, hacen crecer el genio de Salvador *como alto sicomoro*, ó cuando menos, asisten á su crecimiento.

Vamos más adelante.

«No te brinda la musa sus favores...»

Aquí ha dicho Manolín una verdad, por extraño que el caso parezca.

Porque en efecto, como verán ustedes en otro tomo, la musa no brinda sus favores al señor Díaz Mirón.

Pero Manolito enmienda su confesión al instante, añadiendo:

«Entre mirtos y *rojas amapolas*»

¡Pues no faltaba más sino que las amapolas no hubieran sido rojas!

¡Ah! Pero lo gordo es lo que viene después.

Verán ustedes:

«No te brinda la musa sus favores  
Entre mirtos y *rojas amapolas*;  
Cuando quieres gozar de sus amores  
La acechas, la sorprendes y *la violas*.....»

¡Qué barbaridad!

Parece mentira que Manolito...

Si, parece mentira... Pero esto me recuerda un cuento.

—¡Qué niño más mono tiene usted, la dijo un caballero á una señora, por decirle algo.

Y la madre, hueca y fuera de sí con el elogio, comenzó á ponderar á su hijo, diciendo:

—Pues ¡si viera usted qué listo es y qué talento tiene!..... Ya escribe..... ¡Si viera usted cómo escribe!..... Le voy á traer á usted una plana... verá usted.....

Y fué y trajo la plana.

—¿Qué le parece á usted?—preguntaba un momento después al caballero, que miraba indiferente los garabatos de la criatura.

—¡Ah! señora...—la contestó el forzado admirador—parece mentira que..... un niño tan chico... haga unas letras tan grandes.....

Lo mismo hay que decir aquí. Parece mentira que un hombre tan pequeño de estatura como Manolín, haya escrito una atrocidad tan enorme.....

¿Qué idea tendrá este hombre del arte.....

Y si tiene idea del arte y sabe que es manifestación de lo bello ¿qué idea tendrá de la belleza?.....

Y el caso es que el pobre Manolito quiso decir una verdad, ó aunque no quisiera la dijo, afirmando que su amigo Díaz Mirón no es poeta y que á la fuerza quiere serlo.

Pero ha expresado su pensamiento Manolito de una manera tan extravagante y por

decirlo claro, tan sucia, que en vez de resultarle poesía, ó lo que viene á ser lo mismo, belleza, le ha resultado una fealdad repugnante.

¡Y este es un *poeta* que además pretende ejercer el magisterio de la crítica!.....

¡Ya, ya!.....

El maestro ciruela; que no sabía leer, y puso escuela.....

Sigue, Manolín, sigue:

«Tu verso no es el *sonrosado efebo*  
Que en la *caliente alcoba* se afemina:  
Vigoroso como Hércules *mancebo*  
Acomete, conquista y *extermina.*»

Eso sí. Lo que es acometer y exterminar... sí. Los versos de Díaz Mirón, aun siendo un poco menos manolos que los de Manolín, acometen contra todo, incluso el sentido común, y no conquistan gloria, pero exterminan el buen gusto.

Así como los de Manolín son también versos de exterminio.

¡Qué *efebó* aquel *efebó sonrosado!*.....

¡Y qué *alcoba* aquella *caliente alcoba!*..... Está materialmente oliendo... mal.....

¡Uf!

Pero tiene otra composición Manolín titulada *Por la ventana*, que no sé si diga que es peor que la precedente.

Y eso que peor... no puede ser; porque aquello de la violación....

Todavía no se me ha pasado el espanto....  
¡Y pensar que aquello se ha de quedar *impugne*, como dice un yerno muy conocido!....

Pues sí, *Por la ventana* se titula esta otra *poesía* de Manolín, y empieza:

«Prostituir el amor.....»

¡Allá volvemos!... Siempre tendremos otra como la pasada.

«Prostituir el amor.....»

No crean ustedes que esto es un verso octosílabo como parece á primera vista.

Y aun á la segunda, y á todas las vistas posibles.

No; Manolín quiere que eso sea la primera parte de un endecasílabo, para lo cual quiere que *prostituir* no tenga más que tres sílabas, en vez de las cuatro que tiene. Es decir, que quiere que se lea *prostitir*.....

«*Prostituir* el amor... *llegar artero*...  
(*Prostitir*... *llegar*... ¡*Verso más fiero!*)  
De noche, *entre las sombras, recatado*»  
(*Por las señas, va á ser algún ratero*).

Pero claro es que si va de noche tiene que ir entre las sombras.....

Otra vez:

«*Prostituir* el amor... *Llegar artero*,  
De noche, *entre los ripios, recatado*,  
*Esquivando los pasos*.....»

Esto sí que no lo entiendo yo... Ni Manolín tampoco.

Y si no que lo diga... ¿Cómo es eso de *esquivar los pasos*, Manolito?.....

Porque habíamos visto esquivar la presencia de una persona, esquivar una conversación determinada, etc... Pero esquivar uno sus propios pasos.....

¡Caramba con Manolito! ¡Y qué cosas inventa!

Sigamos:

«*Prostituir* el amor... *Llegar artero*,  
De noche, *entre las sombras, recatado*,  
*Esquivando los pasos, y mañero*...  
(*¿Y mañero además? ¡Ay, qué salero!*)  
*La luz hundida* y el *embozo alzado*.»

¡La luz *hundida*!... Pero, ¿qué luz?

¿No habíamos quedado en que el ratero, suponiendo que lo sea, pues todavía no sabemos quién es, iba de noche y entre sombras?...

¿Cómo es que ahora aparece la luz, siquiera esté *hundida*?

¿Y cómo está la luz *hundida*?

¿Y *hundida* en dónde?.....

¡Ay, Manolito, Manolito!.....

¡Ay, Manolé...

(Música de *La familia del Tío Maroma*).

Ay, Manolé,

Y ay, Manolé

Qué... bonito que es usted!...

Vamos á ver qué más:

«Tender la escala; con la vista.....»

Esto parece un nuevo modo de tender escalas; pero no ha concluído el verso.

«Tender la escala; con la vista alerta,  
Tregar por la pared.....»

¡Pero, hombre! Y para tregar por la pared ¿qué falta hacía tender la escala?.....

Eso es lo mismo que construir un puente, y luego pasar por el vado.

«Tender la escala; con la vista alerta,  
Tregar por la pared, que se desgrana.....»

¡Justo! El verbo no será muy propio, aunque, eso sí, tiene la buena cualidad de ser consonante de *ventana*.

Mas aparte de eso, el desgranamiento de la pared es otra prueba de que el sujeto, que aún no se sabe quién será, sube trepando

por ella, y no por la escala, que en ese caso está de sobra.

Como casi todos los demás ingredientes de la composición de Manolito, y la composición misma, y.....

No, no me extendiendo á más. Vamos, no digo que esté de sobra también Manolito, porque á lo menos está sirviéndonos de distracción en este instante.

Vamos á ver lo que resulta después de *tender la escala y tregar por la pared*:

«Tender la escala, con la vista alerta,  
Tregar por la pared, que se desgrana,  
Y á donde *todos* entran por la *puerta*,  
Entrar, como un ladrón, por la *ventana*.....»

Bueno: ahora se sabe ya para qué es lo de la vista *alerta* y para qué la pared se *desgrana*; para que puedan terminar en *puerta* y en *ventana*, haciendo contraste los dos últimos versos.

Lo que no se sabe es quién trega con la vista alerta, en lugar de tregar con las manos y los pies, ni quién entra como un ladrón.....

Por la ventana, se entiende; pues por la puerta ya nos ha dicho Manolito, acaso sin querer, que entran *todos*!

¡Qué atrocidad, Manolito!

Vamos á ver, vamos á ver qué más sucede:

«Apagada la luz...»

¡Adiós, con mil diañes! Antes *hundida*, ahora *apagada*... ¡Pobre luz! Para no hacer otro papel, más valía no haberla puesto.

¡Otra como la escala!...

Este Manolín tiene gusto en amontonar títeres para no servirse de ellos...

Tiende una escala, y luego trepa por la pared. Pone una luz, y primero *la hunde* y después *la apaga*... Y así sucesivamente.

Sigamos:

«Apagada la luz, hablando quedo...»

¡Ah! ¿Es uno que habla solo?... ¡Si será el mismo Manolito!... Lo digo porque, á juzgar por lo que escribe y por lo de la flor en el ojal, etc., no debe de ser muy bueno su estado patológico. Y como el hablar solo es uno de los pródromos de la locura...

«Apagada la luz, hablando quedo,  
*Temblozos, convulsos, vergonzantes...*»

¡Ah! Son dos... Por lo menos... Sin que se sepa cuándo ni de dónde ha venido el nuevo personaje.

Porque al principio era uno sólo; no cabe duda.

Llegaba *artero, recatado y mañero*... Luego era sólo uno, y del sexo fuerte.

Ahora están *temblozos, convulsos, vergonzantes*... luego son por lo menos dos.

Y como el autor, es decir, Manolito no nos ha dado cuenta de la llegada del segundo, es de suponer que también ha llegado *artero, recatado, etc.*

Tan artero y recatado que el mismo Manolín no le ha sentido, ni ha sabido cuando llegaba.

A ver qué hacen los dos:

«*Temblozos, convulsos, vergonzantes,*  
*(¡Ah valientes tunantes!)*  
Sintiendo juntos el amor y el miedo  
Contar *con avaricia*... los instantes.»

Creí que los centines ó los billetes de banco, que es lo que cuentan con avaricia los ladrones, sean ó no sean altos funcionarios, y los usureros.

Verdad es que centines ya no los hay, y los billetes van á sufrir descuento el día menos pensado. De modo que llegará día en que los apasionados á contar, tengan que contar los instantes, por contar algo.

Y tendremos á Manolín hecho un profeta.

Pero, por ahora veamos qué más nos cuenta Manolito:

«Querer que calle hasta el reloj *pausado*  
*Que cuelga en la pared...*»

¡Hombre, me parece que un reloj, por pausado que sea, no puede colgar en la pared ninguna cosa. Los relojes no suelen tener esas habilidades, sino la de marcar la hora... y gracias...

A no ser que lo que haya querido decir Manolín sea que el reloj está colgado en la pared... Pero entonces, ¿por qué no lo ha dicho?

«Querer que calle hasta el reloj *pausado*  
Que cuelga en la pared, *alto y sombrío*...»

¿Sombrío, por qué?...

Pase que esté *alto*, aunque lo mismo podría estar bajo, pero *sombrío*... y *pausado*...

Nada: el afán académico de llenar los versos con adjetivos, peguen ó no peguen.

«Querer que calle hasta el reloj *pausado*  
Que cuelga en la pared, *alto y sombrío*;  
Ser *joven*...»

¿Además es *joven* el reloj?... Pero, hombre, será nuevo, que es lo equivalente, tratándose de relojes.

«Ser *joven*, ser *amante*...»

No; pues ya no es el reloj.....  
Ni se sabe quién pueda ser; porque los

otros personajes que teníamos en escena *temblorosos, convulsos, etc.*, y que contaban *con avaricia*, eran lo menos dos, y este *amante* no es más que uno.....

¿Será que el otro se habrá marchado arte-ro, recatado, sin sentirle el autor, que tampoco le sintió venir?

«Ser *joven*, ser *amante*, ser *amado*,  
Y estando juntos.....»

¿Otra vez dos?... Esto parece el juego del escondite.....

Pero no lo es, no. Es simplemente que, como Manolín había hecho al reloj *pausado*, no podía decir ser *amados*, por el consonante, ni tampoco podía decir ser *jóvenes*, porque este plural no le cabía en el verso, y lo que hizo fué decirlo en singular, ser *joven*, ser *amante*, ser *amado*, como si hubiera desaparecido uno de los misteriosos personajes, que no había desaparecido.

No, ahí están los dos.

«¡Y estando juntos, *tiritar de frío!*...»

Por cierto que esto lo dice Manolín todo admirado, como si fuera una cosa maravillosa, y no hay tal maravilla.

Lo mismo tiritita uno de frío, cuando le hay, que tiritan dos, ó tres, ó veinte.

No le faltó á Manolín más que poner en

medio del verso un *sin embargo*, para hacer la segunda edición de aquello de «era de noche y sin embargo llovía».

El pensamiento es el mismo.

¿Qué más?

«Sentir el hielo que en las venas cunde...»

¡Qué disparate! El hielo no cunde, Manolito; y en las venas menos.

«Sentir el hielo que en las venas *cunde*  
*Cuando.....*»

*Cunde-cuando...* ¡Qué oído!

«Cuando los nervios crispa el sobresalto,  
Y maldecir la luna  
(*La luna no maldice*) si difunde  
Su *delatora* luz desde lo alto.»

Delatora y maldiciente. ¡Pobre luna!  
Verdad es que Manolito no quería que fuera maldiciente, sino maldita; pero le resultó maldiciente sin querer.

Otro golpe:

«Buscar lo más oscuro de la alcoba.....»

¿También aquí tenemos alcoba? ¡Ay, mis pavos!...

Vale Dios que no es *caliente*, como la de antes,

Pero tampoco se puede entrar en ella con mucha confianza, porque debe de estar medio arruinada.

A lo menos Manolito nos da á entender que tiene rendijas.

«Buscar lo más oscuro de la alcoba,  
Y ver con vago miedo las *junturas*,  
*Por donde entra la luz* (*prosaicamente*,  
*Digo, no dice así*), como quien roba,  
*Cobarde, vil, con antifaz y á oscuros.....*»

Todos estos improprios parece que van contra la luz, ¿no es verdad?

«Por donde entra la luz, como quien roba,  
*Cobarde, vil....*» etc.

Pero no; la intención de Manolito no ha sido esa.

En la intención de Manolito el *como quien roba* no se refiere á la luz, sino á los personajes, que buscan lo más oscuro de la *alcoba*, *como quien roba*.

Los cuales además, tiemblan.....

Pero dejemos que lo diga Manolito:

«Y temblar de pavor *si ladra un perro*,  
Y si las ondas de la fuente gimen:  
De lo que es aire, sol, *hacer encierro.....*»

Hacer encierro.....

Esto no lo entenderán ustedes, y más vale, porque entendido, resultaría una atrocidad...

¿Quién le ha dicho á Manolito que es aire y sol... lo que él dice que es aire y sol.....

Como no sea para el perro que ladraba ahí atrás.....

Y no se puede seguir más adelante, porque la cosa toma un color tan fuerte, que... es mejor dejarlo.

El mismo Manolín nos da sin pensar la norma de lo que debemos hacer, al decirnos un poco después en otro verso.

«Cuando canta la alondra retirarse.....»

Eso es lo que hay que hacer también cuando canta Manolín; retirarse, y dejarle solo.

«Y si el cristal hizo crujiir la brisa.....»

Como dice Manolín más adelante, que la hiciera; que al cabo y á la postre nada nos importan los despropósitos que Manolín quiera que se hagan.

Y aunque obligue á *deslizarse* á uno que está suspenso en el aire

«Y, suspenso en el aire, deslizarse»,

lo cual no puede ser, porque el que está suspenso no se desliza, no le diremos nada.

Y aunque escriba versos como estos que siguen, uno cojo y otro disparatado:

«Eso no es amor: amor robado  
Que se viste de falso monedero»,

no haremos más que advertirle que nadie hay que se vista de monedero falso, sino al revés: los monederos falsos se visten de señores, si pueden, para despistar á la policía.

Así como los falsos poetas se desviven por casacas de académicos, para parecer personajes.

Siquiera entre los tontos.

¡Vamos, que un amor *que se viste de falso monedero!*...

¡Te has lucido, Manolín!... ¡Te has lucido!...